



## El sacerdocio de Cristo

1. Por primera vez el autor de la carta a los Hebreos habla del sacerdocio de Cristo en el capítulo 2 versículos 17-18:

*«Por eso tenía que hacerse en todo semejante a sus hermanos, para ser un sumo sacerdote misericordioso y digno de fe en lo que toca a Dios, y expiar los pecados del pueblo. Pues, precisamente por haber sido puesto a prueba y haber sufrido personalmente, está capacitado para salir en ayuda de aquellos que sufren la prueba»*

En este texto el autor realiza dos innovaciones sorprendentes, impresionantes, que debemos meditar.

La primera consiste en la aplicación a Cristo del título de «sumo sacerdote»; la segunda consiste en el nuevo concepto de sacerdocio que se presenta.

La atribución del sacerdocio a Cristo era entonces una novedad absoluta. Nosotros estamos acostumbrados a hablar del sacerdocio de Cristo y nos parece lo más normal, sin ninguna dificultad; pero, si examinamos los textos del Nuevo Testamento observamos que para los primeros cristianos, para los apóstoles, esto no era obvio.

Antes de la carta a los Hebreos, ningún texto atribuye a Jesús el título de sacerdote o de sumo sacerdote. En los Evangelios a Jesús se le aplican muchos títulos: maestro, profeta, hijo de David, hijo del hombre, hijo de Dios... pero nunca el título de sacerdote. La tradición evangélica usa este título sólo para el sacerdocio levítico y hasta, en la mayor parte de los casos, los sumos sacerdotes son presentados como hostiles a Jesús.

La misma situación la encontramos en los Hechos de los Apóstoles, donde el título de sacerdote, jamás usado por Jesús, se refiere sólo al sacerdocio levítico y una vez a un sacerdote pagano (Hech 14,13).

Pablo no usa nunca este título ni para Jesús ni para otros. Es una situación que se comprende fácilmente, si se reflexiona que a primera vista no se percibía ninguna relación entre la existencia de Jesús y la institución sacerdotal que encontramos en el Antiguo Testamento.

La persona de Jesús no se presentaba como sacerdote por el simple hecho de que Jesús no provenía de la tribu de Leví. Según la ley de Moisés sólo los miembros de la tribu de Leví podían acceder al sacerdocio y el sacerdocio se transmitía por vía de sucesión hereditaria. Había sido concedido por Dios a Aarón y a sus hijos y no se podía conferir a un miembro de otra tribu.

En el libro de los Números (3,10) el Señor dice a Moisés:

*«Tú establecerás a Aarón y a sus hijos para que se encarguen de sus funciones sacerdotales; el extraño que se acerque será condenado a muerte»*

Es muy claro y decisivo y lo encontramos repetido también en el versículo 38.

Así se manifestaba la santidad del sacerdocio, por medio de una separación infranqueable entre familias sacerdotales y familias no sacerdotales.

2. Jesús pertenecía a la tribu de Judá, no era por tanto sacerdote según la Ley: jamás durante su vida pretendió ser sacerdote ni ejercitar alguna función sacerdotal. Su ministerio no fue de género sacerdotal, sino profético y real.

El sacerdote antiguo era el hombre del santuario, el hombre del sacrificio ritual y de todo el sistema de pureza ritual. Jesús en cambio se puso a proclamar un mensaje como hacían los profetas o también a enseñar, como un maestro de sabiduría, un rabí, tal como viene a menudo llamado en los evangelios.

Algunas veces se expresaba con acciones simbólicas como los antiguos profetas: por ejemplo en el episodio de la higuera estéril o en el de los mercaderes expulsados del Templo. Hizo milagros similares a los de los profetas Elías y Eliseo.

Jesús mismo se consideró a sí mismo como un profeta cuando explicó la hostilidad de sus paisanos diciendo: *«Un profeta no es bien recibido en su pueblo»* (cfLc 4,24) o también: *«No conviene que un profeta muera fuera de Jerusalén»* (Lc 13,33), y en verdad fue reconocido por muchas personas como un profeta: *«Un gran profeta ha surgido entre nosotros»* dicen en Lucas 7,16, y en Juan 6,14: *«Es verdaderamente éste el profeta que debía venir al mundo»*, es decir el profeta anunciado en el Deuteronomio (cap. 18).

3. En la predicación de los profetas aparece a menudo una polémica contra el culto ritual de los sacerdotes. Podemos leer por ejemplo el cap. 1 de Isaías o el cap. 5 de Amós, en donde se encuentra una polémica muy vigorosa contra el culto ritual.

Jesús continuó en un cierto modo esta tradición profética; los evangelios refieren una acción sistemática de Jesús contra la concepción ritual de la religión. Con insistencia, con palabras y con hechos. Jesús luchaba contra el concepto antiguo de santificación a través de la separación ritual. Este era el concepto del Antiguo Testamento, que no podía por otra parte llegar a más.

En una controversia sobre la pureza ritual Jesús demostró que la verdadera religión no consiste en ritos (cf Mc 7,1ss.). La pureza ritual parecía tener una importancia absoluta porque condicionaba la participación en el culto. Jesús negó esta importancia en el cap. 7 de Marcos diciendo a propósito de los ritos sobre alimentos: «*No hay nada fuera del hombre que entrando en él pueda contaminarlo*» (v. 15) y el evangelista Marcos, más adelante (v. 19) observa: «*declaraba así puros todos los alimentos*» y eliminaba por eso la preocupación sobre la pureza ritual.

En el mismo sentido van las iniciativas de Jesús que contrastan la observancia del sábado; los episodios son numerosos en los cuatro evangelios.

A propósito de esto Mateo cita una frase muy significativa para nuestro concepto de sacerdocio: «*quiero la misericordia y no el sacrificio*» (Mt 9,13), entendiendo obviamente el sacrificio ritual, es decir, la inmolación de animales y todo lo que tenía relación con ello.

Entre dos modos posibles de servir a Dios, uno con ritos e inmolaciones de animales, el otro en las relaciones humanas, Jesús escogía el segundo, sabiendo que a los sacrificios rituales Dios prefiere la misericordia, es decir, la preocupación por las relaciones personales.

Nada, por tanto, en la persona de Jesús, en su actividad, en su enseñanza, iba en el sentido del sacerdocio antiguo.

4. Pero, ¿qué decir de su muerte? ¿No se debe quizás admitir que aquí todo se convierte en sacrificial y por tanto sacerdotal?

Nuestra primera respuesta sería afirmativa, pero en el tiempo de Jesús debía ser negativa.

Es necesario recordar que el carácter sacrificial de la muerte de Jesús no podía ser percibido directamente en la mentalidad antigua. De hecho, el evento del Calvario no tuvo nada de sacrificio ritual; se presentó más bien como lo opuesto, lo contrario de un sacrificio ritual, porque fue un castigo legal, una condena a muerte.

Es decir, un castigo legal es el lado inverso de un sacrificio, que en la concepción antigua era un acto ritual glorificante que unía a Dios. La víctima era ofrecida entre ceremonias santas, en un lugar santo y subía simbólicamente hacia Dios. Un castigo legal, al contrario, es un acto jurídico, no ritual, no glorificante, sino hasta infamante. Separa del pueblo y separa —según la mentalidad antigua— de Dios mismo.

Por tanto, visto desde fuera, el evento del Calvario no tenía nada de ritual o de sacerdotal; aumentaba más bien la distancia entre Jesús y el sacerdocio antiguo y parecía romper los vínculos entre Jesús y Dios y entre Jesús y los hombres. En realidad hacía perfecta la unión de Jesús con Dios y con nosotros, pero esto no aparecía.

Se comprende entonces la no aplicación a Jesús del vocabulario sacerdotal en los evangelios y en otros escritos del Nuevo Testamento.

5. A pesar de esta situación la carta a los Hebreos proclama que Cristo es sacerdote, es más, sumo sacerdote, el verdadero, el único Sumo sacerdote.

¿Cómo se justifica esta innovación, que ha provocado después otras innovaciones y en particular el concepto sacerdotal del ministerio cristiano?

La innovación de la carta a los Hebreos se justifica como una ulterior profundización del misterio de Cristo a la luz de las Escrituras. Como evento, el misterio de Cristo había llegado a su plenitud con la pasión, la glorificación y el don del Espíritu; pero su comprensión debía realizarse poco a poco.

Los apóstoles habían recibido una revelación global, comprendían que en Cristo se habían cumplido las Escrituras. Esta revelación requería una elaboración progresiva, de manera que se pudieran explicar todas las dimensiones del evento salvador, para manifestar sus muy diversos aspectos; era necesario hacer el «inventario» de la riqueza de Cristo.

Los apóstoles, por tanto, leyeron las Escrituras para encontrar en ellas los diversos aspectos del misterio de Cristo.

Desde el primer discurso de Pedro en el día de Pentecostés observamos que él ilumina los acontecimientos sirviéndose de las Escrituras; cita el salmo 16 donde encuentra predicha la resurrección y el salmo 110 que predice a Cristo sentado a la derecha de Dios.

El segundo discurso descubre otros aspectos en otros textos: Cristo viene presentado como el nuevo Moisés anunciado por el Deuteronomio (18,15) y como la descendencia de Abraham por medio de la cual viene la bendición (Gn 22,18; 26,4).

6. Entre las diversas tradiciones del Antiguo Testamento no se puede negar que un puesto importantísimo lo tenía la tradición sacerdotal. El sacerdocio es ciertamente uno de los aspectos principales de la revelación bíblica, y es natural, porque la vocación de Israel era ser el pueblo de Dios y la función del sacerdocio es precisamente asegurar la relación del pueblo con Dios. Esta importancia se refleja en el Pentateuco que consagra largos capítulos a la organización del culto y describe la consagración del Sumo sacerdote con muchos detalles en el cap. 29 del Éxodo y en los capítulos 8 y 9 del Levítico: la ordenación duraba siete días. Y esto es un elemento fundamental de la Ley de Moisés.

En los libros históricos se puede ver que toda la historia del pueblo elegido se concentró progresivamente en dos instituciones, la dinastía davídica por una parte y el sacerdocio de Jerusalén por otra. Después del exilio, la importancia del sacerdocio creció todavía más. En un primer momento la comunidad de los hebreos repatriados parece que se organizó bajo la doble autoridad del descendiente de David, Zorobabel, y del Sumo sacerdote Josué; de esto da testimonio la profecía de Ageo que se dirige a los dos. Pero seguidamente Zorobabel desaparece sin tener sucesores y el Sumo sacerdote se queda solo para dirigir la marcha del pueblo tomando por tanto toda la autoridad.

Esta situación se prolonga con diversas peripecias hasta el tiempo de Cristo.

7. Pensamos espontáneamente que para los últimos tiempos los hebreos esperaban solamente al Mesías davídico. En realidad esperaban tres personajes para los últimos tiempos.

Esperaban ante todo al profeta, no simplemente un profeta, sino *el* Profeta, es decir el que había sido preanunciado en el Deuteronomio (cap. 18,15.18).

El segundo personaje esperado era el Rey-Mesías, espera fundada en el oráculo de Natán (2 Sam 7) y en una larga tradición de otros textos. Dios había prometido a David que un hijo suyo le sería dado como sucesor y reinaría para siempre.

Había también un tercer personaje que esperaban: el Sacerdote Ungido, el Sacerdote-Mesías. La espera del sacerdote de los últimos tiempos viene atestigüada de manera muy explícita en los documentos de Qumrán, en donde hay algunos textos que hablan de dos Mesías, de dos «Ungidos», uno que será real y otro que será sacerdotal.

Por ejemplo, en la Regla de la Congregación se lee: «*Serán justos desde las primeras leyes hasta el momento en el vendrán el profeta y los Mesías de Aarón y de Israel*» (mesías sacerdotal y mesías davídico). La palabra «mesías» viene en plural, por tanto parece que la venida sería doble.

En otro texto en donde se dan reglas para los últimos tiempos, se lee que en la refección de la Congregación será el sacerdote quien tendrá la preeminencia.

En otros documentos no qumránicos, llamados los «Testamentos de los Doce Patriarcas», se encuentra el anuncio de un mesías sacerdote que debe venir de la tribu de Leví junto al mesías rey que vendrá de la tribu de Judá.

Finalmente en el Documento de Damasco tenemos el singular, «el Mesías de Israel y de Aarón». En aquel ambiente, por tanto, parece que se esperaba un solo personaje desde una doble dignidad mesiánica, sacerdotal y real.

**8.** Esta espera de un mesías sacerdotal era normal, porque el cumplimiento último debía ser de verdad un cumplimiento de todos los aspectos del plan de Dios. El aspecto sacerdotal era esencial y no podía faltar. Esta espera planteaba a los cristianos una cuestión: ¿de qué manera responde a esto el misterio de Cristo? ¿Qué relación con esta espera sacerdotal puede ser reconocida en el misterio de Cristo?

A primera vista, ya lo hemos dicho, la respuesta parecía negativa; pero una reflexión más profunda llevó a la Iglesia primitiva a reconocer que también el aspecto sacerdotal estaba presente en el misterio de Cristo, es más, que Cristo era el único sacerdote perfecto.

El cumplimiento de las Escrituras, sin embargo, había venido de una manera imprevista y desconcertante; la forma paradójica del cumplimiento de las Escrituras no es un caso único en el tema sacerdotal, sino que se revela también así en otros aspectos.

El cumplimiento definitivo de las Escrituras, de hecho, requiere siempre tres aspectos:

- un aspecto de continuidad con lo que ha sido anunciado;
- pero también un aspecto de ruptura con las imperfecciones precedentes;
- y finalmente un aspecto de superioridad.

Estos tres aspectos son indispensables para que haya un verdadero cumplimiento, que no sea simplemente la repetición de realidades ya existentes.

**9.** La primera innovación que hemos notado, es decir, la aplicación a Cristo del título de sacerdote, ha sido posible gracias a una segunda innovación, es decir, una profundización del concepto de sacerdocio, profundización que debemos acoger. La tentación constante es la de volver al Antiguo Testamento, porque el concepto del AT corresponde a la religiosidad espontánea, mientras la fe cristiana es otra cosa.

El modo en el que Cristo debía ser Sumo sacerdote era completamente nuevo: debía hacerse en todo igual a sus hermanos. Esto va en la dirección contraria a toda la tradición bíblica del AT, porque lejos de hablar de asimilación o de semejanza, los textos del AT subrayan en cambio la necesidad de la separación, es decir, la separación ritual en vista a la santificación. Para entrar en contacto con las realidades sagradas los levitas son puestos aparte; ellos nos tienen herencia entre los hijos de Israel (Nm 18,20); cuando se hizo el censo los levitas no fueron registrados junto con los otros (Nm 1,47).

Para Aarón y sus hijos la separación es todavía más fuerte y más insistente a través de los ritos de consagración largamente descritos en el Éxodo y en el Levítico: baño ritual para eliminar las manchas provocadas por el contacto con el mundo profano; y después sobre todo inmólación de animales y finalmente una observancia muy severa de la pureza ritual.

Por todo esto el Sumo sacerdote antiguo aparecía como un ser elevado por encima del común de los mortales. La primera palabra que el Sirácida usa para hablar de Aarón es precisamente esta: «*Dios ha elevado a Aarón*» (Sir 45,6). El sacerdocio lo pone aparte. El Sirácida no se cansa de describir el esplendor del sacerdote, tanto cuando habla de Aarón en el cap. 45, como cuando habla del Sumo sacerdote de su tiempo en el cap. 50.

Desde el tiempo del Éxodo una dignidad como ésta había suscitado ambiciones y celos; recordemos el episodio de Coré y de sus cómplices que querían apoderarse del sacerdocio (cf. Nm 16). En los siglos que siguieron al exilio las rivalidades se hicieron todavía más ásperas, porque la autoridad política se había juntado con la autoridad sacerdotal.

Los documentos de Qumrán expresan una hostilidad virulenta contra el Sumo sacerdote impío que quería imponer su ley a la comunidad.

El historiador Flavio Josefo atestigua que en el siglo I el sumo sacerdocio había caído en una situación deplorable precisamente porque era objeto de envidias y de oscuras tramas de parte de hombres que lo consideraban una promoción, un medio para enaltecerse por encima de los demás.

**10.** Sobre el fondo de este contexto histórico la afirmación de la carta a los Hebreos señala un fuerte contraste. Ésta se opone directamente a la mentalidad y a la conducta de los sumos sacerdotes contemporáneos. A sus ojos el pontificado constituía el máximo de todas las promociones, de manera que, para alcanzarlo, buscaban los medios más eficaces: el dinero, la influencia política llegando incluso hasta el homicidio. En el segundo libro de los Macabeos, en el cap. 4, se cuenta el hecho de un ambicioso que hizo asesinar al Sumo sacerdote de aquel tiempo para ocupar su puesto.

Es exactamente en la dirección opuesta en la que Cristo inicia su camino. Para llegar a ser Sumo sacerdote Jesús renuncia a todo privilegio y, en vez de considerarse por encima de los otros, se hace en todo igual a ellos, igual a los hermanos, aceptando hasta el abajamiento de la Pasión. En vez de una posición más alta, intermedia entre el hombre y Dios, Cristo ha tomado la posición más baja, la de una solidaridad completa con los últimos de los hombres, con los condenados a muerte.

Está claro que diciendo «*similar en todo*», el autor piensa especialmente en esto, no sólo en la encarnación de la que ha hablado en los versículos precedentes, sino sobre todo en el sufrimiento y en la muerte.

En el versículo 18 inmediatamente afirma que Cristo, «*precisamente por haber sido puesto a prueba y haber sufrido está capacitado para venir en ayuda de aquellos que sufren la prueba*». Este comportamiento no se oponía solamente a los abusos deplorados por el autor de Macabeos, sino que iba también contra las ideas tradicionales de los judíos más religiosos. Éstos tenían un gran celo por la santidad del sacerdocio, se preocupaban por el mantenimiento de las separaciones rituales. Exigir del Sumo sacerdote una semejanza concreta con los otros miembros del pueblo les parecía incompatible con un justo concepto de sacerdocio. De modo particular el contacto con la muerte le estaba prohibido al Sumo sacerdote; él no podía hacer luto por nadie, ni siquiera por su padre, porque habría sido un contacto con la muerte.

Y sin embargo Jesús llega a ser Sumo sacerdote por medio de sus sufrimientos y de su muerte.

Evidentemente ha sido la meditación sobre el misterio de Cristo lo que ha conducido al autor de la carta a los Hebreos a poner al revés la perspectiva, insistiendo en la exigencia de solidaridad humana y abandonando la idea de separación ritual.

Los dos cambios están estrechamente unidos entre ellos y se condicionan recíprocamente. Su condición de posibilidad está en el hecho que en el sacerdocio de Cristo la aceptación de la solidaridad humana ha realizado efectivamente lo que los ritos antiguos se esforzaban en vano para obtener: la elevación del hombre ante Dios, la unión perfecta de la naturaleza humana con la santidad de Dios.

El autor lo ha dicho en el versículo 9 del mismo capítulo 2: es por haber sufrido la muerte por lo que Cristo ha sido coronado de gloria y de honor, es decir, admitido con su humanidad en la intimidad de Dios.

En vez de efectuarse a través de las separaciones legales, su elevación ante Dios se ha cumplido gracias a la aceptación de una total comunión de destino con sus hermanos, que lo establece en la misericordia sacerdotal.

11. En el versículo 10 el autor afirma: *«Era bien justo que Aquél por quien es todo y para quien es todo, queriendo llevar muchos hijos a la gloria, hiciera perfecto mediante el sufrimiento al cabeza de fila que guía a la salvación».*

Tenemos aquí un concepto muy profundo de la redención; un concepto que es más satisfactorio que otros, como por ejemplo el concepto de la redención como rescate y como expiación. Aquí tenemos el concepto de solidaridad por amor que lleva a Jesús a llegar hasta el fondo de la miseria humana, de la situación miserable de la humanidad.

Me viene a la mente una comparación: pienso en los alpinistas que durante una escalada caen en un barranco y permanecen heridos, encontrándose en la imposibilidad de salvarse. ¿Qué hacer? Es necesario que alguien afronte el riesgo de descender allí donde se encuentran para curarles y subirles, liberándolos de su dramática situación.

Tal ha sido el comportamiento generoso de Jesús mediador. El sufrimiento humano existía, la muerte y el pecado existían; Jesús ha descendido hasta el fondo de la miseria humana para poner allí su amor capaz de trazar un camino de salida y de salvación. Ha hecho del sufrimiento y de la muerte una ocasión de amor. Así ha llegado a ser Sumo sacerdote, porque con esta solidaridad generosa ha trazado el camino de la Nueva alianza, el camino de la comunión recuperada con Dios. Todo esto es de verdad extraordinariamente hermoso.

En la oración podemos contemplar y admirar este plan admirable de Dios, el hecho de que Jesús debía hacerse en todo igual a los hermanos para llegar a ser Sumo sacerdote misericordioso y digno de fe. Él ha aceptado la humillación, el sufrimiento y la muerte con una generosidad inmensa.

También nuestro sacerdocio ministerial debemos concebirlo según este modelo, es decir, como una participación en este movimiento del sacerdocio de Cristo: hacerse solidarios con los otros, cada vez más, tomar sobre nosotros las alegrías y los dolores, las fatigas y las esperanzas de los otros. Debemos ser conscientes que Jesús ha puesto en movimiento un nuevo concepto de santificación. Él ha rechazado el concepto de santificación por medio de sacrificios rituales y la ha sustituido con el de santificación por medio de un dinamismo de comunión. Este mismo dinamismo de la comunión y del amor puesto por el Espíritu Santo en el corazón de Jesús quiere entrar también en nuestros corazones para hacer de nosotros los verdaderos ministros de la Nueva Alianza.

12. La primera cualidad sacerdotal de Cristo es su absoluta fiabilidad y digno de autoridad: Cristo Sumo sacerdote digno de fe por sus relaciones con Dios. La segunda cualidad sacerdotal de Jesús es la misericordia.

En Hebreos 4,14 el autor concluye así su contemplación de Cristo glorificado, Sumo sacerdote digno de fe: *«Porque tenemos un gran Sumo sacerdote que ha atravesado los cielos, Jesús hijo de Dios, mantenemos firme la profesión de nuestra fe»*.

En el versículo sucesivo pasa a tratar de la segunda cualidad sacerdotal de Cristo: *«De hecho no tenemos un Sumo sacerdote que no sepa compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que ha sido probado en todo como nosotros, excepto en el pecado»*.

Esta afirmación está seguida por una breve exhortación consolante: *«Acercuémonos, por tanto, con plena confianza al trono de la gracia, para recibir misericordia y encontrar gracia y ser ayudados en el momento oportuno»*.

Conviene escuchar con particular atención esta invitación y responder a ella, acercándose al sacramento de la misericordia o al menos preparándose para hacer una buena confesión. Es importante disponerse para acoger la misericordia de Cristo, sacerdote lleno de compasión.

El autor nos hace ver cómo las dos cualidades sacerdotales en Cristo se completan mutuamente.

Cristo, digno de fe, reclama nuestra adhesión de fe; Cristo misericordioso suscita nuestra plena confianza. Si Él fuese solamente el Sumo sacerdote glorificado en los cielos, quizás nosotros podríamos dudar a la hora de acercarnos a Él, encontrándolo demasiado alto, demasiado distante de nuestra debilidad. Dudaríamos quizás de su capacidad de comprendernos, de compadecernos. Pero está este otro aspecto que quita toda fuerza a la posible objeción: Jesús es digno de autoridad, digno de fe por las relaciones con Dios, pero es también el sacerdote misericordioso, lleno de compasión por nosotros pecadores y deseoso de ayudarnos.

**13.** El autor de la carta presenta esta misericordia de Cristo como un sentimiento profundamente empapado de humanidad. Su compasión hacia sus propios semejantes ha sido adquirida con la participación en su suerte.

No se trata simplemente de un sentimiento superficial, de quien se conmueve espontáneamente, sino de una capacidad adquirida a través de la experiencia del sufrimiento personal. El autor nos hace comprender que para compadecerse verdaderamente es necesario haber padecido personalmente. Es necesario haber pasado a través de las mismas pruebas, los mismos sufrimientos de aquellos a los que se quiere ayudar.

La misericordia de Dios se había manifestado ya en el AT de tantas maneras, pero le faltaba una dimensión: la de ser expresada por un corazón humano y adquirida a través de las experiencias dolorosas de la vida humana.

Cristo ha dado a la misericordia de Dios esta nueva dimensión tan conmovedora y tan reconfortante para nosotros. Así ha manifestado una misericordia que es al mismo tiempo divina y humana.

14. Bajo este aspecto podemos notar un fuerte contraste con las tradiciones antiguas sobre el sacerdocio. Bastantes textos del AT reclaman del sacerdote no la misericordia, sino la severidad en la confrontación con los pecadores, porque el AT no tenía todavía plenamente el concepto de sacerdocio como mediación, sino que lo consideraba unido casi exclusivamente a la idea de culto. Estaba preocupado por la relación del sacerdote con Dios y, para poner al sacerdote de parte de Dios, exigía que él se opusiera decididamente a los pecadores.

Ésta es la enseñanza que nos viene dada por el libro del Éxodo precisamente en el momento de la institución del sacerdocio levítico. El pueblo se ha dejado llevar por la idolatría del becerro de oro. Moisés entonces llama hacia sí a los que están de parte de Dios. Vienen los levitas, a los cuales ordena: «*Dice Yahveh el Dios de Israel: cada uno de vosotros tenga la espada en el costado. Pasad una y otra vez por el campamento, de una parte a otra: mate cada uno a su propio hermano, cada uno a su propio amigo, cada uno a su propio pariente*» (Ex 32,27).

Los levitas siguen esta orden matando cerca de tres mil personas y Moisés les dice que así han obtenido su sacerdocio: «*habéis recibido hoy la consagración sacerdotal para el Señor; cada uno de vosotros contra su hijo y contra su hermano, para que hoy Dios os concediese su bendición*» (Ex 32,29). Sin duda impresionante.

Otro episodio no menos cruel viene narrado en el cap. 25 del libro de los Números. Se trata de Finees (Pinjás) un levita que había sorprendido a un israelita pecando con una mujer madianita. Atravesó a ambos con un golpe de lanza y así obtuvo la promesa del sacerdocio para su familia (Nm 25,13).

15. Podemos comprender por estos episodios hasta qué punto es diverso el modo en el que se concibe y se realiza el sacerdocio de Cristo, el sacerdocio de la Nueva Alianza. Lejos de exigir una severidad despiadada contra los pecadores, este sacerdocio ha buscado una solidaridad completa con ellos, una misericordia ilimitada, con el fin de cancelar los pecados del pueblo.

Cristo no ha llegado a ser sacerdote atacándonos a nosotros pecadores, sino al contrario compartiendo nuestra suerte. Este cambio total de perspectiva se manifestaba ya antes de su Pasión, en su vida pública. Jesús acogía a los pecadores, comía con ellos hasta el punto de ser llamado el amigo de los pecadores y de los publicanos (Mt 11,19) y respondía con energía a las críticas de quienes

le echaban en cara este comportamiento suyo: «*Id pues —decía— y aprended lo que significa: 'Misericordia quiero y no sacrificio'*» (Mt 9,13).

Esta expresión, tomada de un oráculo de Oseas, viene repetida dos veces por Jesús en el evangelio de Mateo (Mt 9,13; 12,7).

Notad que Jesús le daba un significado diverso del sentido original. En Oseas Dios pide la *hesed*, la generosidad personal en sus relaciones más que los sacrificios rituales, sólo formales. Jesús sin embargo habla de misericordia hacia los miserables, y está convencido de hacer así la voluntad del Padre y de manifestar por tanto también la *hesed* hacia el Padre.

Todo su ministerio ha sido una revelación de su misericordia hacia los enfermos, los endemoniados, los pobres, los pequeños, las multitudes abandonadas y sobre todo a los pecadores.

**16.** Pero de todo esto no se puede concluir que la lucha contra el pecado hubiera sido simplemente abandonada por Jesús. Ésta, al contrario, ha sido conducida por Él de un modo mucho más radical y eficaz, pero ha sido una lucha contra el pecado, ya no contra los pecadores.

Ésta es la diferencia radical. En vez de erigirse contra los pecadores, como hemos visto en el caso de los levitas y de Finees, Jesús ha tomado sobre sí su suerte para liberarles del pecado.

Ha tomado la lucha en su misma persona según la voluntad salvífica del Padre. La muerte humana, consecuencia y castigo del pecado, ha sido transformada por Él en un medio para hacer sobreabundar el amor. Con la donación total de sí mismo Él ha sustituido todos los sacrificios rituales antiguos y ha obtenido aquello que ellos buscaban conseguir en vano: la alianza, la comunión entre los hombres y Dios.

La muerte de Cristo, lo hemos visto ya, no ha sido un sacrificio ritual, sino un acto de extrema misericordia. Cuando el autor habla de la solidaridad de Cristo y de la semejanza con los hermanos, excluye el pecado: «*probado en todo como nosotros, excepto en el pecado*» (v. 13).

Se hace una distinción muy importante entre prueba y culpa, entre tentación y pecado. Quien sufre la prueba, está tentado de venirse abajo, de rebelarse o de ceder al desánimo; pero la prueba no es la culpa, la tentación no es el pecado.

Cristo ha sido probado, ha sido tentado según lo que cuentan los evangelios, pero no ha tenido ninguna complicidad con el pecado.

Esta precisión es importante, porque de la necesidad de una asimilación completa de Cristo con nosotros se podría deducir que Él haya sido pecador como nosotros. Algún autor protestante ha sostenido precisamente esta deducción tan errónea.

El autor de la carta a los Hebreos la excluye categóricamente, primero aquí, después en otros pasajes en los que afirma que Cristo es nuestro Sumo sacerdote «santo, inocente, sin mancha (7,26) que *«se ha ofrecido inmaculado Dios»* (9,14) y en esto concuerda con todo el NT.

17. Podría surgir en nosotros una pregunta: la ausencia de todo pecado en Cristo ¿no disminuye quizás su solidaridad con nosotros? A primera vista se podría pensar que sí, pero en realidad no es así.

El pecado no contribuye jamás a establecer una solidaridad auténtica; el pecado es siempre un acto de egoísmo que crea división; y falta de solidaridad, como nos demuestra la experiencia y la Escritura.

En el capítulo 3 del Génesis vemos que, inmediatamente después del pecado original, los personajes implicados se acusan mutuamente: el hombre acusa a la mujer, la mujer acusa a la serpiente. No hay solidaridad entre ellos, todos han sido cómplices en el pecado, pero ninguno quiere asumir las consecuencias.

Lo mismo ocurre en el episodio del becerro de oro en Éxodo 32, en el que Aarón había sido el instigador del pecado del pueblo. Había dicho: *«Quitad los pendientes de oro que tienen en la oreja vuestras mujeres y vuestras hijas y traédmelos»*, había hecho fundir este oro en un molde y obtuvo un becerro.

Cuando Moisés vuelve y lo interroga: *«¿Que te ha hecho este pueblo para que tú le hayas gravado un pecado tan grande?»*. Aarón rechaza toda responsabilidad: *«No se encienda la ira de mi señor, tú mismo sabes que este pueblo está inclinado al mal. Me dijeron: Danos un Dios que camine delante de nosotros»*. Acusa al pueblo, no es solidario con él.

La auténtica solidaridad con los pecadores no consiste en hacerse cómplices de su pecado, sino en asumir generosamente su situación dramática provocada por los pecados y en ayudarles a salir de ella.

Es ésta la generosidad que Jesús ha tenido. Ha tomado sobre sí todas nuestras culpas, las culpas de todos los hombres pecadores, es más, ha tomado sobre sí el suplicio de los peores criminales, la cruz, sin haber contribuido en absoluto a provocar estas penas y castigos.

De esto resulta que cada hombre, también el más culpable, puede sentir la presencia de Jesús a su lado; los peores criminales encuentran junto a su propia cruz la de Jesús, de Jesús misericordioso, compasivo, solidario.

18. También en cuanto al pecado podemos notar un contraste con el AT. Este último está muy preocupado por la pureza del sacerdocio y exigía del sacerdote una pureza ritual absoluta, que venía especificada con muchas prescripciones minuciosas. Pero el AT no exigía que el sacerdote fuese sin pecado; no lo

podía exigir, porque ninguno estaba sin pecado. Es más, cuando en el Levítico se habla de los sacrificios por el pecado, el primer caso considerado es el del sacrificio por el pecado del mismo Sumo sacerdote (Lv 4,3). También en la consagración sacerdotal de Aarón el primer sacrificio de expiación es por sus pecados (Lv 9,8). Igualmente en la liturgia de expiación el día del *Kippur* el primer sacrificio que el Sumo sacerdote debía ofrecer era por sus pecados y los de su familia (Lv 16,6).

La situación viene completamente puesta al revés en el NT. Mientras en el AT encontramos un Sumo sacerdote pecador que está privado de compasión por los pecadores, en el NT encontramos un Sumo sacerdote que está sin pecado y lleno de compasión hacia los pecadores. Estamos ante la revelación más profunda del amor gratuito de Dios, una revelación verdaderamente impresionante. Se consigue que nosotros ahora podemos acercarnos con confianza al trono de Dios, como afirma nuestro autor: *«acerquémonos, por tanto, con plena confianza al trono de la gracia»*.

El trono de Dios que en el AT era una sede de terrible santidad (se puede pensar en la visión de Isaías en el cap. 6), se ha transformado, gracias a Cristo, en el trono de la gracia, el trono del amor gratuito, generoso, misericordioso, porque al lado de Dios se ha sentado Cristo nuestro hermano compasivo que intercede por nosotros. Por eso estamos invitados a acercarnos con plena confianza a este trono, con la certeza de recibir misericordia y encontrar gracia y ser ayudados en el momento oportuno.

Ésta es nuestra situación en la Nueva Alianza, una situación llena de esperanza, en la cual estamos llamados a entrar nosotros mismos y a hacer entrar a todas las personas que se nos han confiado.